



ANTONIO PÉREZ QUINTANA

**El raciovitalismo: la cultura como función de la vida.
Comentario al capítulo V de El tema de nuestro tiempo de Ortega y Gasset**

**Eikasía, Oviedo, 2005, 128 pp.
ISBN 84-95369-77-X**

Vivimos tiempos extraños. Si miramos a nuestro alrededor caeremos en la cuenta de la frivolidad constante a la que el sometido el consumidor y el lector de toda índole; y experimentaremos, a su vez, un hecho que adquiere la constitución, la función y el papel de *consumado*: la autoridad moral y las autoridades en los diferentes ámbitos del saber no tienen espacio para desarrollar su visión de las cosas. Es más, en la mayoría de programas, televisivos o no, las voces más preparadas son silenciadas y se equiparan a otras voces que hacen del mal gusto y del ridículo su carta de presentación, pero es este *ethos* —y aquí está la gravedad del asunto— el que emerge para analizar y hacer públicos problemas tan complejos y serios como la inmigración, el racismo o, simplemente, la convivencia en los centros educativos.

Sin embargo, ante tanta desidia y empacho de mala leche, surgen acontecimientos que nos hacen respirar aire nuevo y, con ellos, la esperanza vuelve a nuestras entrañas para ocupar un lugar privilegiado. Pues sí, hace algún tiempo, un profesor, ¡perdón!, un maestro, Antonio Pérez Quintana, de la Universidad de la Laguna, me regaló un libro que ha pasado desapercibido en el mundo filosófico español y, en concreto, en el conjunto de lo que podemos llamar la exégesis orteguiana. El libro, *El racio-*

vitalismo: la cultura como función de la vida, cumple, si se me permite, un requisito tripartito que sólo está al alcance de muy pocos puesto que está dirigido a tres tipos de lectores, mostrando, en consecuencia, tres funciones diferentes entre sí de forma excelente, es decir, de modo nada superficial, al contrario que esas pompas y cortinas de humo que son comercializadas como éxitos editoriales.

El libro va dirigido, en principio, a estudiantes de segundo curso de Bachillerato, cosa que dignifica al autor porque ya no son secretas las intenciones de barrer de la enseñanza media a Ortega y Gasset. Por ello, la excelencia en esta primera función adquiere sentido en la medida en que Pérez Quintana ha escrito el libro sabiendo que su esfuerzo puede quedar en agua de borrajas, pero ahí está la seriedad de semejante cometido, la misma que cuando Don Quijote luchaba contra una injusticia del mundo que era —y, por desgracia, es— casi, casi inexpugnable. Antonio, pues, desde la primera línea hasta la última, ha desarrollado el principio orteguiano, inspirado en la ética cervantina, de que es mejor el camino que la posada, que hay que recorrer los intrínquilos del pensar, dicte lo que dicte el mercado, la lógica de la oferta y la demanda.

La segunda función del libro va dirigida a todo lector que quiera introducirse en el pensamiento de Ortega porque lo sitúa ante parte de los más importantes precedentes del pensador español. Kant, Hegel y Nietzsche son los elegidos, y decir, mentar tales nombres, es, sin lugar a dudas, colocar a Ortega en el centro del debate filosófico, recuperarlo de cierta ignorancia y envidia exegética que ha dominado en la bibliografía orteguiana. Para alejarse de este hecho también consumado, el autor discute en las primeras páginas qué se entiende por raciovitalismo a fin de entablar un diálogo con uno de los conceptos claves de la filosofía orteguiana, el de raciovitalismo. A continuación, hallamos una distinción entre el imperativo ético del *deber ser* kantiano y las *condiciones de lo real* de la dialéctica y del proceder hegeliano que Ortega tomará para distanciarse, en este punto, del pensador de Königsberg. Mención aparte son las relaciones que se trazan, con una finura admirable, entre Nietzsche y Ortega con el objetivo de debatir posiciones de la Modernidad y la Posmodernidad; o el peso que tiene Zarathustra en la constitución y el sentido de la ética orteguiana. Pero lo destacable, una vez más, es cómo se distinguen conceptos y temáticas que se han confundido por un déficit de lecturas y estudios serios en torno a Ortega. Una muestra de ello es cuando se define el raciovitalismo como un nuevo concepto de la inteligencia y reforma de la razón, no un modelo que va en contra de la razón: se trata más bien de mirar más allá, hacia otras perspectivas deseosas del calor de una razón, la orteguiana, que se transformará en vital e histórica para convertirse, finalmente, en hermenéutica.

La tercera función del libro —y la más sorprendente, extraña, si cabe— es la dirección tomada hacia otro tipo de lector: el especialista, el investigador en el pensamiento de Ortega. Así, sin más. Repárese que está escrito para alumnos de Bachillerato. Pues bien, ésta es la excelencia del libro, el acontecimiento que se ha dejado pasar, pero que espero que estas líneas mitiguen tal olvido. Razones hay por doquier, sin excepción; desgranaré algunas. En primer lugar, aquellos que investigamos a Ortega sentimos una necesidad de relectura del pensador español tras la lectura del libro porque, en el momento exacto, el autor puntualiza las diferencias entre Nación y Estado así como el significado de masa, minoría, aristocracia o noble. Es ahí donde encontramos una interpretación que puede marcar la orientación de futuras investigaciones: la de hacer notar que la razón vital “trabaja unida al corazón y se moviliza a partir del impulso del amor” (p. 54), esto es, la razón orte-



LIBROS



ANTONIO PÉREZ QUINTANA El raciovitalismo: la cultura como función de la vida

guiana se transforma en razón cordial. Por ello, Ortega es un filósofo de la felicidad, de la ilusión y de la esperanza. A mi juicio, sería conveniente delinear cierta analogía con la teología de la esperanza de Moltmann y la perspectiva filosófica de Bloch y conformar, de esa manera, una nueva *elpidología* que aunara teología y filosofía.

Antonio acaba el libro situando a Ortega, desde la razón vital, histórica y perspectivista, en el diálogo entre culturas desde una ética de la tolerancia que pugna contra todo etnocentrismo, ya que apuesta por la pluralidad radical de las culturas. El libro abre nuevas vías para seguir con Ortega y adentrarse en él de forma responsable y tranquila. Desde estas líneas, mi gratitud a un maestro, que al igual que el pensador madrileño, ha quemado su juventud, su vida entera por el ejercicio filosófico para así poder abrir y donar nuevos horizontes todavía por explorar.

José Miguel Martínez Castelló